

Liberatio

Journal of the World Forum on Theology and Liberation
Revista del Foro mundial de teología y liberación
Revista do Fórum mundial de teologia e libertação
Revue du Forum mondial de théologie et libération



No se fueron, se lo los llevaron: narrativas de la esperanza en medio de la catástrofe

Laura Isabel Matamala Lienlaf

Volume 1, 2024

URI: <https://id.erudit.org/iderudit/1115313ar>
DOI: <https://doi.org/10.7202/1115313ar>

[See table of contents](#)

Publisher(s)

PUM

ISSN

3078-1671 (digital)

[Explore this journal](#)

Cite this article

Matamala Lienlaf, L. I. (2024). No se fueron, se lo los llevaron: narrativas de la esperanza en medio de la catástrofe. *Liberatio*, 1, 141–149.
<https://doi.org/10.7202/1115313ar>

Article abstract

The reality of disappearances in Mexico challenges the structures that shape and give meaning to social life. The aim of this study is to show how the phenomenon of forced disappearance and the experience of relatives searching for the disappeared affect the work of the theologian. In a country with more than 100,000 disappeared, the question of God's place in the midst of the horror becomes central, so that turning our gaze to the hope of the relatives becomes an evangelical demand.

No se fueron, se lo los llevaron: narrativas de la esperanza en medio de la catástrofe

LAURA ISABEL MATAMALA LIENLAF

RESUMEN: La realidad de la desaparición forzada en México pone en cuestión estructuras que modelan y dan sentido a la vida social. El presente estudio tiene como objetivo explicar el impacto que tiene en el quehacer del teólogo el fenómeno de la desaparición forzada y la experiencia de los familiares que buscan a sus desaparecidos. En un país con más de 100 mil desaparecidos, la pregunta por el lugar que ocupa Dios en medio del horror se vuelve central, de modo que volver la mirada a la esperanza de los familiares se convierte en una exigencia evangélica.

PALABRAS CLAVE: desaparición forzada; México; familias; teología; resiliencia

ABSTRACT: The reality of disappearances in Mexico challenges the structures that shape and give meaning to social life. The aim of this study is to show how the phenomenon of forced disappearance and the experience of relatives searching for the disappeared affect the work of the theologian. In a country with more than 100,000 disappeared, the question of God's place in the midst of the horror becomes central, so that turning our gaze to the hope of the relatives becomes an evangelical demand.

KEYWORDS: disappearance; Mexico; families; theology; resilience

Introducción

El decurso de la historia está marcado por la pulsión de grandes catástrofes y distintos tipos de violencia y con ello, a un lado del camino, los millones de víctimas de quienes desconocemos su rostro y nombre. Empeñarse en conocer sus historias anónimas es como un trabajo de fina arqueología que, la mayoría de las veces, tiene lugar cuando las personas han pasado al mundo de los ancestros. Dichas historias están repletas de testimonios y relatos que hablan de vidas heridas y dolientes; de gritos de justicia que no han sido atendidos; de preguntas extensas que parecieran no tener respuesta; de intuir un horizonte donde la verdad no es esclarecida; de una impotencia que no logra ser destrabada; pero que también y en contraste sumamente arrollador es posibilidad de acuerparse con otras y otros que comparten en la carne todo eso que no-puede ser, articulando esfuerzos, haciendo resonar sus voces en espacios públicos que parecieran mantenerse inermes ante sus lágrimas, escudriñando hasta la tierra misma para encontrar lo que ha sido perdido, si es necesario, barriendo cuidadosamente el país entero hasta hallar lo que alguien más perdió (cf. Lc 15,8-10). ¿De qué estamos hablando? De la catástrofe que pensamos que no tendríamos que volver a ver después de tanta violencia en la historia de nuestros países latinoamericanos: la desaparición forzada.

La desaparición, y sus diversas modalidades para hacer desaparecer cuerpos, es cada vez más una tónica en suelo mexicano. Los índices de este fenómeno exponencial van dejando familias desgarradas, vidas interrumpidas y una desazón que nos abre a la cuestión de si esto tiene vuelta atrás y claro, la pregunta siempre abierta: ¿Dónde está Dios? ¿Hay todavía esperanza?

Este artículo pretende dialogar con tres testimonios de familiares que buscan a sus desaparecidos en distintas partes de México, para descubrir en ellos la tenue esperanza que les mantiene en pie de lucha. Esta reflexión formó parte del panel de diálogo titulado: “No se fueron, se los llevaron: narrativas de la esperanza en medio de la catástrofe” en el marco del Foro Mundial de Teología y Liberación, el día 2 de mayo de 2022. Aquí, como en la mesa de diálogo, se inicia conociendo sus historias de vida para luego articular dos narrativas que se preguntan por el lugar de la esperanza en medio del horror.

Tres vidas, tres interrupciones y una sola pregunta: ¿Dónde están?

Verónica Rosas busca desde el 4 de septiembre de 2015 a su hijo único: Diego Maximiliano Rosas Valenzuela quien fue secuestrado a la edad de dieciséis años en Ecatepec, Estado de México. A pesar de que pagó el rescate exigido por los secuestradores, hasta el día de hoy no ha podido encontrar a Diego. Desde ese momento, emprendió una búsqueda incansable y, junto a otras compañeras, fundó el colectivo “Uniendo Esperanzas”, que se dedica a realizar búsquedas en vida y en campo¹ de sus familiares desaparecidos. Un ejemplo de esta última es la búsqueda de restos humanos en el Gran Canal (desagüe pestilente que sale de la Ciudad de México al Estado de Hidalgo): “cuando encontramos los restos dices: hójole...o sea impacta que una vida humana termine en medio de la basura”².

Tranquilina Hernández, busca a su hija Mireya Montiel Hernández, quien fue desaparecida por su novio el 13 de septiembre de 2014 en Cuernavaca, Morelos. Ese día Mireya le pidió permiso para ir a la casa de la abuela de su novio a dejar una lista de útiles. Le dijo que tardaría solo quince minutos. Al pasar las horas y encontrarse con el novio de Mireya, este le negó a Tranquilina haber estado con su hija. Desde ese momento comenzó su lucha por llegar a la verdad y dar con el paradero de su hija mayor. Los años de búsqueda han hecho de Tranquilina una verdadera rastreadora, pues se ha capacitado en búsqueda en campo para encontrar a su hija. Es fundadora del colectivo “Unión de familias resilientes buscando a sus corazones desaparecidos Morelos” y miembro de la Brigada Nacional de Búsqueda.

1. Búsqueda en vida: en cárceles, semefos, vía pública, etc. (presunción de vida). Búsqueda en campos: fosas clandestinas, ríos, vertederos, canales, etc. (no hay presunción de vida).

2. Verónica Rosas (madre en búsqueda de su hijo Diego), entrevista con el autor, 7 de enero de 2022.

Mario Vergara busca a su hermano Tomás Vergara Hernández, quien fue secuestrado el 5 de julio de 2012 en Huitzucó, Guerrero. A partir de la desaparición de los cuarenta y tres normalistas de Ayotzinapa, Mario descubrió que su hermano no era el único desaparecido y se convirtió en un buscador de fosas, entrenando todos los días para estar en condiciones físicas para recorrer las distintas geografías del país. Durante estos años ha recibido múltiples amenazas, pero no se detiene en la búsqueda de su hermano Tomy con el apoyo del colectivo del que es fundador “Los otros buscadores. Buscando vida entre los muertos”.

Qué difícil seguir escribiendo (y leyendo) luego de acercarnos mínimamente a estos relatos. Las búsquedas incansables, las fuerzas para seguir resistiendo en medio de la desesperación de Tranquilina, Mario y Verónica nos reafirman la urgencia de poner el oído y la mirada en el lugar correcto de la historia: las vidas de las víctimas.

Quisiéramos traspasar el papel para acuerparnos, que la escritura nos pusiera al lado de la piel de quien sufre. El abrazo se presenta como una necesidad, la premura de la escucha nos hace querer estar cerca, ser compañeros, ser hermanos.

Acercarnos a las historias (aunque sea brevemente) de Tranquilina, Mario y Verónica como primer paso para la reflexión teológica responde a una opción fundamental de quienes creemos en el crucificado que despertó, cuya praxis siempre estuvo centrada en los sufrimientos de su pueblo y su gente. Escuchar la vida de los compañeros, especialmente cuando esta se quebró y empezaron la búsqueda articulándose en colectivo, y en cómo sostienen esta lucha a través del tiempo, responde también a una forma de hacer teología, a un método; en palabras sencillas, se trata de la decisión de escuchar de manera privilegiada a quienes hacen posible que este país no naufrague del todo.

¿Cómo seguir escribiendo sobre este dolor que nos eriza la piel? Escribir desde la impotencia y los deseos de justicia es un primer paso. Escribir con respeto y desde la vereda de la solidaridad. Escribir aun cuando no se tiene un familiar desaparecido, pero desde la convicción de que no es posible desoír los clamores de mis hermanos (Gn 4,10).

A continuación, presento dos narrativas cuyo hilo testimonial intenta dialogar con las historias de Mario, Verónica y Tranquilina: (1) *El imperativo de la pregunta*, que se abre a la multiplicidad de interrogantes cuando un familiar desaparece y la gran pregunta por el papel de Dios en este contexto; (2) *La esperanza que se asoma por las fracturas*, es decir, en las vidas resquebrajadas de las familias en búsqueda, en las historias rotas, en el tejido social que pareciera que no puede ser reparado. Desde estas dos narrativas, intento intuir o esbozar algunas líneas de una teología de la esperanza que haga sentido a quienes sufren el “no-estar” de quien aman.

El imperativo de la pregunta

Lo primero que podríamos decir es que historias como las de Mario, Verónica y Tranquilina, nos pone frente a los ojos un horror para el que la teología no ha encontrado palabras, que hace que cualquier discurso religioso parezca carente de sentido y vacío³.

En el testimonio de Tranquilina sobre la desaparición de su hija Mireya, podemos detectar la impotencia de ver que el principal sospechoso de su desaparición sigue sin responder. A pesar de ello, Tranquilina no solo se articula nacionalmente para las búsquedas, sino que participa con otras mamás, venidas del extranjero, en las movilizaciones para dar con el paradero de sus hijos migrantes que fueron desaparecidos en México en su tránsito hacia una tierra mejor o que, al menos, les prometía algo más.

Mario nos hace sentir en la piel la inmensidad de la búsqueda. Los cerros, los desiertos, las ciudades se hacen inabarcables para buscar a aquellos que aman. Con ellos nos preguntamos ¿en qué parte de este inmenso territorio estará su hermano Tomás? ¿Dónde está Diego? ¿Dónde está Mireya? El no encontrar respuestas y ver el paso del tiempo hace que la indignación se sienta en las venas, junto con las burlas y la inoperancia del Estado, así como la indiferencia de quien ve en esto una especie de espectáculo, diciéndose a sí mismo que nunca le sucederá algo así, nos permite contemplar la poca importancia que la sociedad civil le da a lo que está pasando.

Verónica comparte como le arrebataron lo mejor de su vida, como la despojaron de algo que anheló durante su vida: ser madre, porque le quitaron de su lado a su amado Diego, su único hijo. La angustia de hacer las negociaciones, de pagar rescate, de acordar el lugar donde le regresarían a Diego y que eso no diera fruto, nos hace compartir su calvario. Las noches sin dormir, las innumerables visitas a fiscalía, tocar puertas y exigir justicia. Verónica no para. No debemos parar tampoco nosotros.

Después de estos testimonios cabe preguntarnos: ¿podemos seguir hablando de Dios sin más después de esto? Ante un horror que excede toda teología y reflexión ¿podemos seguir haciendo teología de la misma manera? ¿sigue siendo plausible una reflexión sobre Dios de espaldas —como diría Metz— al fenómeno de la desaparición forzada, de las fosas clandestinas, de los feminicidios? ¿será lo mismo hacer teología en una Dinamarca que tiene los mejores índices de calidad de vida, que en un México que se desangra y que está lleno de fosas? ¿a qué narraciones le está prestando atención la teología en México? ¿qué narraciones necesita escuchar? ¿puede la teología hacer oídos sordos cuando el pueblo de Dios, cuando su cuerpo está siendo desaparecido?

3. Johann Baptist Metz, *Memoria Passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista* (Bilboa: SalTerra, 2007), 19.

Ciertamente el papel de la reflexión teológica es la pregunta. No tanto elaborar respuestas sino más bien agudizar las preguntas. Preguntarnos por Dios, por su lugar en nuestro mundo. Es la interrogante que se han hecho todas las generaciones ante catástrofes como Auschwitz, como Ruanda, como las dictaduras militares: ¿dónde está Dios? Ante las historias de Tomás, Mireya y Diego y los dolores de sus madres y su hermano, nos podemos preguntar también: ¿dónde estamos nosotros? ¿comprometidos, solidarios, o esperando actuar hasta que nos toque en primera persona?

Creemos que Dios está con nosotros, que nos acompaña, que camina y comparte la suerte de los que sufren. Tenemos esa claridad, entonces ¿cuál es el futuro? ¿qué es el futuro? ¿qué podemos esperar?

La realidad de la desaparición forzada nos rodea. No es necesario recorrer mucho las calles de nuestras ciudades o colonias, es cosa de subirnos al transporte público o al metro ¿cuántos afiches de búsqueda no vemos? Si nos detenemos a leerlos algunos son de este año, del 2020, 2017, 2010, 2002 y continuamos el conteo; muchos de ellos casi ya sin tinta, con su fotografía y datos a punto de desaparecer, y nos preguntamos ¿cuánto durará esto? ¿será que algún día tendrá fin?

Nos hemos mantenido impasibles como sociedad ante tanto dolor, nos hemos acostumbrado a ver rostros en un afiche de búsqueda ¿Dónde ha quedado nuestra sensibilidad frente al dolor? ¿somos capaces de indignarnos, de condolernos y movilizarnos? No podemos seguir actuando como si esto no estuviera ocurriendo, pues de ello depende que nuestra sociedad siga siendo viable.

Plantear preguntas, es quizás nuestro mayor aporte. Generalmente rechazamos el ámbito de la duda porque suele parecer oscuro e incierto, y cómo no hacerlo, si pareciera que habitamos la tierra del no-saber, donde algunos callan, las piedras también lo hacen, ¿cuántos secretos no guardan nuestras montañas, nuestros ríos? La geografía de México está representada por el gerundio eterno: ¿dónde están?

Si nos aventuramos a pensar en una imagen bíblica o de la tradición que condense una gran potencia, nos ayudaría arrimarnos al discípulo que no está en casa cuando sucede la visita de Jesús resucitado, a Tomás, que pregunta. “Tomás, uno de los doce, llamado el mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: hemos visto al Señor. Pero *él* les contestó: si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré” (Jn 20, 24-25, énfasis mío).

Tan rápidamente hemos visto en Tomás todo aquello que no tenemos que ser, frente a la actitud ingenua de aceptar sin más, sin preguntas ni cuestionamiento. Pero, si ponemos esta imagen en diálogo con la catástrofe que padecemos, Tomás es la

expresión de nuestra necesidad de ver el cuerpo del otro, del amado. Necesitamos ver a Diego, a Mireya, a Tomy, y a todos y todas los que nos faltan en su cuerpo. Necesitamos ver sus manos, tocar su costado, acariciar su rostro, arroparlos cuando se van a dormir. Encontrarlos significa en gran parte eso: volver a verlos, recuperarlos, solo así nuestro corazón descansa en paz y solo así se puede iniciar un camino de justicia y reparación. Con nuestras hermenéuticas e intentos de respuesta sabemos que no podemos curar las heridas, pero sí podemos hermanarnos en el dolor, en la esperanza de que sabemos que hay alguien que sí puede cesar el vendaval violento, curar las heridas y reparar lo destruido. Hacer teología con la vida puesta en esto, es determinante y es opción de vida.

La esperanza que se asoma por las fracturas

El título de este escrito es: “no se fueron, se los llevaron: narrativas de la esperanza en medio de la catástrofe”. Pienso que la pregunta por la razón de este título ha quedado respondida. Tranquilina, Verónica y Mario nos han compartido con sus testimonios la necesidad de dar lugar, de crear narrativas que hagan justicia a los nuestros que están ausentes: no se fueron, se los llevaron. Alguien los desapareció, no se los tragó la tierra. La dignidad que radica en sus testimonios es sin igual.

Si hablamos de fractura, estamos afirmando que algo se ha roto. En las últimas décadas hemos experimentado en el país un resquebrajamiento de nuestros vínculos como sociedad. No solo se trata de un mero desconocimiento de la dignidad del otro, sino que los aparatos que estaban pensados para salvaguardar la dignidad de otro ser humano han participado en esta catástrofe. Las cifras hablan por sí mismas, la fiscalía resuelve solo setenta y tres de más de cuarenta y seis mil casos de tortura y desaparición forzada. Considero que por esta fractura primera se cuelan los familiares reclamando la esperanza.

Hablar de fractura es referirnos al resquebrajamiento, a una ruptura, un agrietamiento de algo que estaba ensamblado, es la interrupción de un proceso vital, e incluso de la vida misma.

A Mario, Tranquilina y Verónica les hicimos esta pregunta ¿por dónde crees que se asoma la esperanza? Y las respuestas han sido de una potencia teológica que habla por sí misma. La resistencia y la porfiada esperanza de los familiares en búsqueda son fiel espejo de que se puede seguir creyendo —e incluso con más fuerza— a pesar del horror: “yo creo que toda esa fuerza es del amor a un hijo y del amor de Dios que tiene hacia nosotros porque pues yo sí siento que camina a nuestro lado. Porque yo pienso que ninguna persona podría aguantar sin un acompañamiento así, tan no de este

mundo; bueno sí de este mundo, pero espiritual⁴, se puede seguir esperando a pesar de los años y que, todos como miembros de un mismo cuerpo (1Co 12,12) nos podemos hacer cargo de esta situación, de la memoria de los que nos faltan. La resistencia de los colectivos en búsqueda nos dice que no todo está perdido. Ellas y ellos con sus propias fuerzas no son capaces de detener la escalada de la violencia —y este tampoco es su objetivo—, pero sí nos muestran que el acuerpamiento comunitario es la forma de resistir y de recordar. Recordar a aquellos que ya no están, con una memoria peligrosa que tiene en cuenta los sufrimientos de las víctimas, pero con esperanza.

A esto podríamos agregar que la esperanza se asoma en la búsqueda de la justicia, ante las grietas de una violencia extrema, impune, que desaparece cuerpos; tenemos a más de sesenta colectivos en el país que rompen la tierra para hacerla hablar. En esta fractura se asoma la resistencia de miles de hombres y mujeres que no permiten que el crimen organizado, que la muerte y que la impunidad tengan la última palabra.

La segunda fractura se pregunta: ¿cómo en medio de este horror seguimos invocando a Dios? ¿cómo estar sobre esta tierra con dignidad? ¿cómo afirmar un Dios de la esperanza? La respuesta nos la indican Mario, Verónica y Tranquilina. Ellas y ellos que recogen experiencias comunitarias y colectivas son como los centinelas que nos indican el camino, son los custodios de nuestras esperanzas aun cuando ellos mismos están atravesando las ruinas del dolor. En ellos vemos que se puede estar crucificado, pero levantando del suelo a otros, que la angustia por no saber nada del otro amado consume y que, aun así, son capaces de movilizarse para ayudar a otra mamá que está aprendiendo a buscar, a tocar puertas, a gritar justicia. Son los que siguen apostando por otro México posible, son los que nos dicen: no todo está perdido, son los que enseñan a otros sus técnicas para leer la tierra, para hacerla hablar. Son los que fundan colectivos, los que dan el primer paso para articular las demandas y las exigencias de justicia, los que nos enseñan que la autoridad tiene que hacer su trabajo y que, todos aquellos que yacen en fosas clandestinas no son restos sino tesoros.

Y ¿cómo es esta esperanza? Es la propia de aquellos a quienes han arrebatado todo lo valioso: es una esperanza que es memoria y narración. Lo hemos escuchado en los relatos. Gracias a su viva voz pudimos conocer un pedacito de Mireya, de Diego y de Tomy. Ya sabemos el nombre e historia de tres personas que esperan ser encontradas y volver con sus familias. Gracias a Verónica, Tranquilina y Mario sus vidas siguen estando presentes y no están olvidadas.

Un ejercicio de memoria y narración que sabe al Nazareno, al crucificado que venció a la muerte injusta y violenta. Gracias a este ejercicio seguimos hablando de alguien que un momento fue también un desaparecido: “Va María Magdalena de

4. Verónica Rosas, entrevista.

madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: *se han llevado al Señor y no sabemos dónde le han puesto*” (Jn 20,1-2, énfasis mío).

Se han llevado al Señor y no sabemos dónde le han puesto. ¿acaso no están haciendo esto los colectivos en búsqueda? Hagamos un ejercicio de hermenéutica rápido y necesario: “se han llevado a Mireya y no sé dónde está,” “se han llevado a Diego y no sé dónde está”, “se han llevado a mi hermano Tomy y no sé dónde está”.

Jesús sabe de esta pregunta, sabe lo que significa el “dónde está, dónde le han puesto” porque él fue el objeto de esta interrogante, fue buscado, llorado; quienes lo amaban necesitaban encontrar su cuerpo, volverlo a ver. No es en vano cuando decimos que Él se identifica con las víctimas, con los sufrientes, con los pobres, con los pequeños.

Esto nos lleva a reconocer que toda reflexión, toda teología está bajo la autoridad de los que sufren —en palabras de Metz—; es decir, la teología tiene que escuchar a las víctimas, a los familiares en búsqueda, escuchar y más escuchar, antes que proponer respuestas como parches de emergencia. No se puede hacer teología en México, o al menos una teología que quiera ser pertinente, significativa y con sentido sin escuchar a los familiares en búsqueda. Y esto ¿por qué? Porque tenemos más de 100,000 personas desaparecidas y no localizadas. Ya con este dato no necesitamos más.

Por eso nos urge comprometernos con la esperanza. No podemos revertir esta situación solos, y primero necesitamos desear revertirla. Solo con las familias se pueden encontrar los caminos posibles, todo con ellas y nada sin ellas. No podemos encontrar la presencia de Dios en nuestras celebraciones litúrgicas y eucarísticas sin hacer presente explícitamente que nos faltan más de cien mil personas. Nuestras lecturas e interpretaciones de las Escrituras no pueden desoír la sangre que clama desde el suelo al cielo. Decíamos párrafos atrás: ¿cuál es el futuro? Si queremos un futuro, este debe ser colectivo, en la articulación de esfuerzos comunes porque los desaparecidos nos faltan a todos.

Finalmente, la tercera fractura es una esperanza a cielo abierto. Nuestras ventanas de esperanza pasan por una sociedad que se resquebraja. Ante un Estado indolente que no puede cumplir con lo mínimo, por esos huecos se cuelan las familias. Como escuchamos, las búsquedas surgieron autónomamente, generadas desde las propias familias. Ante la pasividad de las autoridades, las familias no se quedaron esperando, sino que salieron a exigir justicia, a rascar y rasgar la tierra, a recorrer semefos, cárceles, hospitales, sensibilizando a través de los distintos ejes que tiene la Brigada Nacional de Búsqueda. Esos son los huecos que van encontrando las familias.

La esperanza pasa por buscar, buscar y seguir buscando. La esperanza está en el Gran Canal de Ecatepec. En medio de ese lugar donde llegan los desperdicios de la Ciudad de México, tenemos al colectivo Uniendo Esperanzas buscando tesoros que merecen regresar con los suyos y descansar.

Estas grietas, estas fracturas nos duelen porque tienen que ver con los nuestros, tienen que ver con nuestros muertos, tienen que ver con la posibilidad de que, todos en algún momento estamos expuestos a vivir una situación así. Por ello, no se trata únicamente de una esperanza más allá de la muerte, sino de una esperanza contra la muerte⁵ —siguiendo la reflexión de Jon Sobrino—, de saber que ella no tiene la última palabra, porque siempre y pesar de todo los seguimos buscando, y los buscamos vivos; no perdemos esa esperanza.

Estas ausencias nos marcan, como la crucifixión marcó al crucificado que resucitó. Por estas marcas que son fractura nosotros podemos descubrir al Resucitado, por estos huecos de esperanza que abren mujeres y hombres en búsqueda que se resisten a aceptar que la muerte y violencia sean las que triunfen. La esperanza como pequeñas chispas, como ventanitas que se abren y por donde entra el Resucitado.

BIOGRAFÍA: Laura Isabel Matamala Lienlaf (1993) es Licenciada en Ciencias Religiosas por la Universidad Pontificia de México. Actualmente forma parte del Equipo coordinador de la Escuela de Teología “Bendita Mezcla”, de la Escuela Latinoamericana de Teología y Biblia “Óscar Arnulfo Romero” de las CEBs continental, y del equipo asesor de la Escuela “Nuestra Señora de Suyapa” del CEBITEPAL y la articulación continental de CEBs.

5. Jon Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas* (Madrid: Editorial Trotta, 1999), 72.